

Hasta San Antón... Y más allá

Todo el año. Todos los lunes. Y en cada rincón de nuestra ciudad. Es así como encontramos la huella de San Antón, su obra, hecha forma y realidad de manos de su Cofradía, de sus allegados y, en definitiva, de todo un barrio. Con solera, que sí.

Contaba Don Jorge a los niños en su misa dominical la labor de la Cofradía ya en el siglo XIV, fecha de su fundación. Una labora caritativa, humildemente caritativa de ayuda al prójimo, en especial a aquellos que las autoridades no dejaban pasar por una de las puertas de Murcia por estar enfermos y considerarse, por tanto, foco de enfermedad para la población. Porque sí, San Antón ya era Murcia y en su final, una de las puertas de la ciudad amurallada por la que, no sé si saben ustedes, los mismísimos Reyes Católicos pasaron para entrar a nuestra noble ciudad. Así que sus majestades lo primero que pisaron fue San Antón, con mucho apremio y hermosura. Pero es que, además, cuentan que el coche que llevaba al rey Alfonso XIII desde Madrid a Cartagena donde cogería un barco para exiliarse, tras ser declarada la Segunda República, pasó por lo que ahora es la Calle San Antón. Amarga supongo que era su travesía pero seguro, segurísimo, vio la belleza de la ermita a través del cristal de su coche. Una hermosa ermita en medio de la huerta. Con escultura salzillesca. Digo yo que pudo su majestad parar un momentico a admirarla, si bien corría el riesgo de quedarse en el intento. Pero seguro que en su retina quedó esa imagen, pues es de lo último que vio hasta llegar a Cartagena y zarpar.

Que mi barrio tiene solera es cosa demostrada. Pero tiene la verdadera solera en sus gentes y las obras que llevan a cabo. Y en la Cofradía, qué duda cabe.

Lo que esconden bajo sí esas capas no es un ser humano; no es un disfraz o prenda que abrigue por ser enero. Lo que la capa, originaria de la época en que se fundó la institución, arropa, es otra cosa. Algo inmaterial, algo casi divino. Son corazones, buenos corazones, cuya única motivación es continuar la obra que en la Murcia del 1500 aproximadamente llevaba a cabo el «hospitalico de San Antón». Caridad, hospitalidad, ayuda. Pero sobre todo, esperanza, humanidad cristiana. No hay nombres, sino hombres y mujeres con la firme creencia de que hoy en día se necesita más que nunca ayuda caritativa, de cualquier tipo, a cualquier hora, haga el tiempo que haga. Que a nadie le falte lo básico. Qué planteamiento más sencillo pero qué difícil de llevar a cabo, sobre todo porque dejar de destinar nuestro tiempo a nuestros intereses y ofrecérselo a los demás es lo más difícil.

Son las fiestas de mi barrio, son las fiestas de San Antón. Hoy vuelve el patrón a su ermita tras festejos diversos. Es solo la punta del iceberg, un iceberg que se llama Cofradía de San Antón. 365 días activa, 7 días a la semana, 24 horas. No hay lucro alguno, bueno sí: una sociedad más justa, caridad cristiana, apoyo y ayuda al necesitado. Eso lucra, ya lo creo, porque el vínculo humano entre hermanos, hijos de un mismo Dios, lucra el alma, se goza.

Son las fiestas de mi barrio, como digo. Vivo contenta el que las haya. Pues son vehículo para recaudar hasta el último céntimo posible para los que han tenido menos suerte que yo. Son el «Equipo A» de la ayuda y caridad y por su capa los distinguiréis. Aunque no la lleven en ese momento.

Porque se nota, se siente, San Antón está en el ambiente.

Y es que hasta San Antón, pascuas son. Pero yo diría que más allá de pascuas y otros eventos. Hasta San Antón, y más allá...

La obra de todos los cofrades es la gran bendición.

